

BIBLIOGRAFÍA

Robert HOWARD BLOCH, *Etymologies and Genealogies. A literary Anthropologie of the french Middle Age*, Chicago, The University of Chicago Press, 1983, 282 pp.

El estudio de R. Howard Bloch supone un cambio radical en el modo de comprender el fenómeno literario en lenguas románicas de los siglos XII y XIII. Asimismo, amplía el campo de la antropología, aplicada hasta el momento a culturas no occidentales y, paralelamente a las investigaciones de M. Foucault, convierte el Occidente europeo en terreno de análisis para esta disciplina. La novedad de este estudio reside justamente en la conjunción de la reflexión antropológica y el análisis literario. Se trata de una auténtica «antropología literaria», posible gracias a la conexión de diversos factores que irrumpieron en la sociedad medieval después de la llamada «edad oscura».

Entre las profundas transformaciones que tuvieron lugar en este período destaca un cambio sensible en las técnicas y usos de la escritura, pues dejó de ser privilegio cultural de un reducido grupo para difundirse a un campo mucho más extenso de la sociedad. Semejante difusión fue posible gracias a la conversión de las lenguas románicas en lenguas escritas. Este cambio ha sido objeto de análisis de recientes estudios (por ej. J. Bumke) y R.H. Bloch se detiene a cualificar el grado de alteración que debió suponer en las sociedades medievales: «For the first time since the fall of the Roman Empire, the lay aristocracy of Western Europe possessed a cultural vehicle adequate to express its innermost tensions and ideals. And for the first time since the triumph of Christianity, the techniques of writing heretofore reserved for a caste (clerical and male) were massively disseminated among those exercising an ecclesiastical function as well as not» (p. 13). El fenómeno posee unas características muy peculiares pues esta eclosión de una «época de la escritura» (*age of writing*) no vino precedida de una anterior carente de ella. Por tanto, no se pueden aplicar las explicaciones que la etnología ha argumentado, pues esta disciplina se ha ocupado más bien del paso de una «sociedad sin escritura» a una «sociedad de la escritura» y no de un fenómeno de «disseminación». Así, H. Bloch sostiene: «The role of writing per se in such an evolution is highly ambiguous. Its dissemination produced almost limitless possibilities for the dispersion of power alongside of its concentration. If anything, this "second age feudal" (M. Bloch) testifies to a per-

sistent tension between those ready to capitalize upon the institutional forms of power that writing permits —administrative, legal, economic— and those for whom it represents the possibility of their subversion. Writing is not, as the ethnologist asserts (se refiere a Lévi-Strauss, *Tristes tropiques*) the cause of social conflict; it is, in the absence of Derrida's "tertiary empirical violence" at once the vehicle of such conflict and the terrain upon which it occurs» (p. 14). A pesar de las concordan- cias que la época feudal pueda presentar con respecto a una sociedad arcaica, se impone fijar las diferencias. Muy brevemente y parafraseando a Lévi-Strauss y Derrida, Bloch establece dónde debe situarse una «antropología literaria de la Edad Media»: «... in the interstices between Lévi-Strauss's "epigenetic" privileging and Derrida's radical denial of the difference between oral and written expression —in the zone where "archi-écriture" lends itself to discussion in terms of social practice» (p. 16).

Estas consideraciones expuestas en la Introducción («Toward a literary Anthropology of the Middle Ages», pp. 1-29) permiten a Bloch fijar tres campos culturales, constantemente interrelacionados a lo largo de su investigación: 1) el discurso del lenguaje (que condensaría la *episteme* de la Edad Media); 2) la organización familiar (entendida como el elemento fundamental en las sociedades medievales) y 3) las formas literarias (épica, lírica y roman que concedieron forma escrita a las lenguas románicas a lo largo del siglo XII y que atestiguan el fenómeno de la «diseminación»). Las correspondencias que se establecen en estos tres campos resultan sorprendentes y el autor descubre que en el siglo XII se cumplió el «sueño del antropólogo»: las leyes que regularon la organización familiar son idénticas a las que sustentaron el discurso sobre el lenguaje («The anthropological dream of wedding the laws of kinship to those of language is thus historically realized in the so-called high culture of the Middle Age», p. 62).

El capítulo primero del libro trata de la concepción del lenguaje durante la alta edad media («Early medieval grammar», pp. 30-63). Desde San Agustín hasta principios del siglo XII, los pensadores entendieron de modo fundamental al significado y al uso correcto de la palabra, entendi- endo que, en un principio, la palabra era idéntica a la cosa. Fue sensi- ble la influencia de un Filón de Alejandría que afirmaba: «con Moisés los nombres asignados eran manifiestamente imágenes de las cosas, de modo que nombre y cosa era inevitablemente lo mismo desde el principio y el nombre y aquello a lo que se había dado el nombre en nada di- fería» (cit. por Bloch, p. 37). Búsqueda de una *Ursprache*, generalmente identificada con el hebreo, preocupación por el carácter unitario de los orígenes, percepción de la multiplicidad (la torre de Babel), análisis dia- crónico del lenguaje, esos fueron los principios que rígieron la gramática de los primeros siglos posteriores a la caída del imperio romano y que se

adecuaron con la nueva concepción histórica planteada por Eusebio de Cesárea (siglo IV). Una historia construida *ab initio* (la Creación) hasta el presente, entendida como una sucesión genealógica a partir del modelo que ofrecía el Antiguo Testamento. Esta visión teológica de la historia y de la lengua prevaleció a lo largo de toda la alta edad media con algunas matizaciones. En San Isidoro confluyeron dos tradiciones, la propiamente latina (Varrón) y la alejandrina (Filón), lo que supuso una mayor despreocupación por el origen, pero una atención exclusiva a la evolución de las palabras, la aparición de una gramática etimológica construida en absoluta verticalidad y plenamente convencida del «orden natural» de las palabras.

A principios del siglo XII surgieron nuevas orientaciones del pensamiento que, de nuevo, incidieron en la concepción del lenguaje. Abelardo y más tarde Juan de Salisbury, el nominalismo y la gramática de los *modistae* abogaron por un convencionalismo y arbitrariedad del signo; se abandonó la etimología y se impuso la horizontalidad en el estudio del lenguaje.

El modelo de la gramática etimológica está inmerso en una *Weltanschauung* puramente teológica: la búsqueda de la primera palabra (*primogenia*) se expresa en la doctrina de la encarnación y la noción del *logos* se asocia con la paternidad. Esta teoría lingüística, que de algún modo configuró el pensamiento medieval, encuentra perfecta correspondencia en la organización de la familia en el siglo XII. Al análisis de este segundo campo cultural se dedica el autor en el capítulo 2º del libro (*Kinship*, pp. 64-91).

Después de las investigaciones de Georges Duby acerca del sistema de parentesco en el siglo XII, no hay duda de que en esta sociedad prevaleció la conciencia de linaje. La auténtica obsesión genealógica de las familias aristocráticas de los siglos XI y XII se pone de manifiesto en las abundantes crónicas escritas en latín, cuya intención siempre consistía en la búsqueda del antepasado glorioso y la fijación de la filiación. Así, gramática etimológica y la representación de la organización familiar a través de la idea de linaje se basaron en principios comunes que Bloch enumera del siguiente modo: 1) Linearidad (origen del nombre / el antepasado). 2) Temporalidad (secuencia diacrónica tanto en la etimología como en la exposición de la idea del linaje). 3) Verticalidad (independencia léxica del término individual / interés por los descendientes más que por la integración horizontal). 4) Fijación (la verdad de las palabras depende de su no arbitrariedad / el linaje se asienta en la idea de propiedad territorial). 5) Continuidad (el significado de la palabra depende de una correcta etimología entendida como una cadena ininterrumpida de diferentes estadios de evolución / el hijo reproduce al padre (título, heráldica, apellidos) (pp. 84-86).

Comprobadas las correspondencias, inevitablemente surge la cues-

tión: ¿a qué se debe la reciprocidad entre la forma de representar el lenguaje y la forma de representar la familia? El autor no responde a esta cuestión aunque señala que lo que parece cierto es que el discurso de la familia y el discurso «que gobierna el discurso» programa actitudes sociales que se manifiestan en las instituciones (p. 87). Y aún queda otro problema por resolver: ¿por qué existe un desfase cronológico de tal índole? Dicho de otro modo, ¿por qué cuando la gramática etimológica está a punto de extinguirse como teoría lingüística surge el discurso de la familia como linaje? Bloch señala ese hiato cronológico (p. 86) pero abandona cualquier posibilidad de explicación.

Ya Georges Duby (*«Remarques sur la littérature généalogique en France aux XI^e et XII^e siècles»* en *Hommes et structures du Moyen Âge*, París, Mouton, 1973, pp. 287-298) señaló la relación entre la genealogía y la formación de los ciclos épicos. En el capítulo tercero (*«Literature and Lineage»*, pp. 92-127) Bloch se ocupa de la forma literaria que se adecúa a la gramática etimológica y a la idea de linaje. No se trata de demostrar que la formación de los cantares de gesta franceses responden a la representación genealógica: el mismo concepto *geste* significa literalmente linaje. Bertrand de Bar-sur-Aube comenzó el *Girart de Vienne* ordenando genealógicamente la materia épica y el ciclo de Guillermo se construyó, según la célebre expresión de J. Frappier, «engendrando los hijos a los padres». En este capítulo Bloch no intenta simplemente probar que el modelo de familia como linaje determina una genealogía textual ni tampoco que el linaje es un componente temático importante en la poesía épica, sino que lo decisivo consiste en determinar la relación entre una sucesión genealógica (gramática etimológica y linaje) y la estructura narrativa: «What I am suggesting is that France's earliest heroic poetry can be situated precisely at the point of convergence between a model of the noble family, whose legitimacy is rooted in the soil and is perceived to be part of an immutable social order, and a model of representation implicit to early medieval grammar and according to which language is assumed to be grounded in an original order of things» (p. 99). El género épico se formaría a lo largo del siglo XII como «vehículo» de manifestación de una conflictividad, la de una aristocracia laica que busca seguir erigiéndose como linaje, y, por tanto, se configuraría según los principios de la gramática etimológica. Y en efecto, la estructura narrativa de la épica revela los principios de esa gramática que utilizando términos retóricos, Bloch califica como metónímica. La propiedad de la palabra, el uso «natural» del concepto queda desvelado en las dos características definidoras del «estilo épico» (Auerbach, Rychner, Duggan): el estilo formulario y la parataxis. «What they show is that texts constructed out of a limited number of linguistic formulas are based upon the assumptions that language is an epistemologically adequate vehicle, that a finite set of words groups is sufficient to describe reality as all men commonly per-

ceive it, and that words, in fact, are linked in some rigid way to that which they represent» (p. 100). Desde esta perspectiva, el uso de fórmulas no atestiguaría tan sólo la formación oral de los cantares, sino que además configuraría una forma narrativa adecuada a una concepción específica del lenguaje, la de la gramática etimológica o metonímica.

R.H. Bloch ha expuesto la reciprocidad de estos tres campos (gramática etimológica-metonímica/ linaje/ ciclos épicos) lo cual induciría a pensar que nos encontramos ante una sociedad «homologada». Por el contrario, esta «age of writing» europea se manifiesta «problematizadamente»: no existe un modelo unitario sino modelos concurrentes, o según la propia terminología de Bloch, se dio la posibilidad, consciente o inconscientemente, de la «subversión». La segunda parte de este capítulo (*The Poetics of Disruption*) se dedica a analizar la aparición de una forma literaria que, de acuerdo con una nueva teoría lingüística, destruye la etimología y el linaje y, consecuentemente, ofrece nuevas formas estilísticas. Frente a la rígida ordenación de la palabra en la épica (el «orden natural») se erige un nuevo género, la *cansó* provenzal o la *chanson* francesa. El arte de «entrebescar motz» (según la expresión de los trovadores) responde a la nueva idea del convencionalismo del signo propuesta por Roscelin de Compiègne o el propio Abelardo. La «promiscuidad» de la palabra le induce a entender la canción lírica como una «symbolic closure of language upon itself» y el «poetic mixing» como una pérdida de la «linguistic property». Comparando el cantar de gesta con la *cansó*, Bloch sostiene: «Where one is originary, historical, governed by a temporal law of continuity, combination, and sequence, the other is disruptive of sequence, ahistorical, and governed by a more spatially organized law of juxtaposition, similarity and dissimilarity, and supplementarity. If the first depend upon a metonymic grounding of language in things (words in the proper) the second is ruled by a free games of metaphoric substitutions» (p. 116). La introducción de la metáfora supone la ruptura radical con respecto al «orden natural», la equivocidad y el hermetismo (*trobar clus*) una reacción contra los principios de la gramática etimológica y, por tanto, contra la conciencia de linaje y la forma épica.

En el capítulo cuarto («Poetry, philosophy and desire», pp. 128-158) se abordan las nuevas corrientes de pensamiento que desembocaron en el nominalismo y que supusieron la construcción de un modelo alternante a la gramática metonímica. Convencido de que la poesía lírica nace de un deseo destructor de la genealogía, Bloch plantea las relaciones entre retórica y deseo: «This leads to the question of the relation between rhetoric and desire. We have seen that where desire is adulterous it tends to falsify genealogy —to obscure true paternity— just as "difficult" language tends to hide meaning, as well as to incite desire» (p. 131). Esta sorprendente relación entre metonimia y clarificación del linaje (clarificación sobre el padre), metáfora y falsificación genealógica

(oscurecimiento del padre), se encuentra en el propio Alain de Lille, *De planctu naturae*). Hasta Jean de Meun, los escritores medievales fueron muy conscientes de la relación entre poesía, deseo, procreación y significación. La poesía lírica se adecuaría a esa gramática metafórica y, fundamentalmente, tendería a subvertir el orden de la épica.

Volviendo de nuevo al planteamiento inicial de esta investigación, surge ahora la necesidad de encontrar una nueva organización familiar que se encuentre en relación con la gramática metafórica o especulativa, del mismo modo que la gramática metonímica estaba en relación con el linaje. Y de nuevo los últimos estudios de Georges Duby (*Medieval Marriage. Two Models from twelfth-century France*, John Hopkins Univ. Press 1978) iluminan acerca de otro modelo de organización familiar que se fue imponiendo a lo largo del siglo XII: la familia como unidad conyugal y el valor del matrimonio como sacramento. En el capítulo quinto («The economics of romance», pp. 159-197) Bloch analiza las relaciones entre la gramática especulativa, la unidad conyugal y el *roman courtois*, afirmando: «It is however, not so much in the adulterous canso as in the marital romance that the monstrous secular reformulation of the principle of free choice defines an entire literary model. The courtly novel is essentially about marriage and seems always to involve a conflict between a consensual attachement and a contractual bond, to problematize succession, and to combine structurally elements both of narrative progression and of lyric closure, and this from the very beginning» (p. 182). La preocupación por el matrimonio en el *roman* parece sustituir a la presentación del linaje en la épica. Una nueva noción de individualidad y un nuevo concepto de libertad parecen esbozarse en esta nueva forma literaria y todo ello se encontraría íntimamente ligado con la nueva idea de la arbitrariedad del signo, con la difusión de una economía de intercambio basada en el uso monetario, con una nueva representación del orden familiar. Si el matrimonio pasa a primer plano en el *roman courtois*, la «búsqueda del padre» constituiría el objetivo del ciclo en prosa. En el capítulo sexto («Grail family and round table», pp. 198-229) Bloch propone abordar el «corpus» del Graal como una forma literaria situada en la tensión de recuperar el linaje (el padre) y la imposibilidad de ello: «The attempt to return to the Grail Castle becomes, then, an attempt to relocate and thus to restore the integrity of a lineage that is from the beginning unrecognizable fragmented—and, at the same time, to restore a lost plenitude of meaning situated beyond signs. In the quest for union with the lost father lies the wish to unite the signifier with its signified» (p. 206). La búsqueda del «padre perdido», la necesidad de restaurar la «integridad del linaje», la aspiración a la verticalidad, se encontraría constantemente *imposibilitada por una onomástica incrustosa y por la propia técnica narrativa del ciclo en prosa, el entrelazamiento, la ramificación y, por tanto, la interrupción*.

Así se cierra el círculo iniciado en torno al año 1100. La escritura en lenguas románicas cumplió su misión: campo abierto en el que se expusieron los conflictos y las tensiones de una sociedad en evolución, destinada inexorablemente a su transformación. Un recorrido de más de cien años en que la sociedad medieval manifestó su «alteridad», aunque R.H. Bloch la plantea de modo muy distinto a como lo haya hecho Hans Robert Jauss. En definitiva y a través de esta «antropología literaria» vemos cómo se va configurando una nueva «teoría de los géneros» que, en lugar de concretizar los elementos constitutivos de cada género, busca detenerse en su momento previo y fijar su funcionamiento cultural en una compleja gama de relaciones.

Victoria Cirlot

N. DALMASES, A. JOSÉ PITARCH, *L'art Gòtic. Segles XIV-XV*, (Fotografies de Francesc Català Roca), Barcelona, Edicions 62, 1984, 320 pp.

Aquest tercer volum de la *Història de l'Art Català* té cronològicament ben delimitat el camp d'anàlisi, els segles XIV i XV, seguint criteris més flexibles pel que fa a l'espai, ja que, segons indiquen els autors en el *Preàmbul* (p. 9), l'arquitectura té un caràcter unitari en tots els estats catalanoparlants de la Corona d'Aragó, mentre que en les arts plàstiques i l'objecte, a Catalunya pròpiament dita hi ha unes formes diferents de les de València, Mallorca, Nàpols o Sicília. La nació de «català» roman, així, en la imprecisió.

El llibre es divideix en tres parts: «L'arquitectura», «Les arts plàstiques» i «L'objecte». L'arquitectura es subdivideix en dues èpoques: «El temps de Joan II i de Pere el Cerimoniós (1291-1387). L'hegemonia de l'arquitectura religiosa» i «Els darrers anys del segle XIV i el segle XV: la preponderància de l'arquitectura civil», i les arts plàstiques en quatre èpoques que corresponen a quatre estils: «El primer terç del segle XIV», «La referència a Itàlia. La vinculació amb l'art de Siena, la Llombardia i Pisa», «La represa de la tradició europea. El corrent internacional» i «La incidència del realisme flamenc, c. 1440-1500». La tercera part, «L'objecte», no té subdivisions ja que és molt curta i, en realitat, pot considerar-se un apèndix de la segona, com ho demostra el fet que l'estilística que hi ha en l'orfebreria i en la talla ja s'hagin inclòs dins l'estudi de la plàstica. I com que aquesta tercera part, al contrari del que sembla